

La parábola del hijo perdido de hoy es la tercera de tres parábolas sobre objetos perdidos: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo perdido de hoy. Jesús narra estas parábolas juntas y están conectadas, así que las repasaremos rápidamente. Primero, Jesús responde a las quejas de los escribas y fariseos de que el asocia con pecadores. La implicación de sus quejas es que los pecadores no importan. Jesús responde enseñando que «habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente [una persona perdida que es encontrada] que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento».

De estas tres parábolas, la de la moneda es la más corta y la más fácil de pasar por alto. Sin embargo, es muy importante. La moneda es un objeto inanimado. No tiene idea de que está perdida. Hay muchas personas que nunca han tenido un encuentro con Jesús ni con ningún tipo de fe, y tal vez ni siquiera son capaces de distinguir entre el bien y el mal; ellos son los que están perdidos. No saben que están perdidos porque nunca han experimentado nada más. Hay algo mucho más trágico que va de la mano con no saber que estamos perdidos. La moneda no solo ignora que está perdida, sino que tampoco conoce su valor. Hay muchas personas como esa moneda que no tienen idea de que Dios las ama ni de que alguien se preocupa por ellas. Creen que sus vidas no valen nada. Santa Teresa de Calcuta, la Madre Teresa, dijo que la mayor pobreza en Estados Unidos y otros países desarrollados no es la pobreza material, sino la pobreza de amor. Muchas personas viven así, inconscientes de su valor intrínseco como seres humanos creados a imagen y semejanza de Dios. Nuestra primera tarea en ese sentido es encontrarlas y ayudarlas a comprender que sí importan y que son amadas. Y lo hacemos mejor presentándoles a Jesús.

La oveja perdida sabe que está perdida porque sus amigos no están por ningún lado. No sabe dónde encontrarlos. Tal vez esté herido y no pueda regresar al rebaño. Es muy fácil desviarse y perderse de esta manera. Todos conocemos gente así o hemos estado allí nosotros mismos. El pastor sabe que están perdidos, pero tal vez quiera que salgamos y los conduzcamos de regreso a casa.

El hijo perdido es diferente a los otros dos. Él sabe que está perdido. Sabe que es valorado y amado, pero en su caso se separó deliberadamente de su padre. Su padre quiere desesperadamente que regrese, pero el hijo tiene que darse cuenta de su error y decidir por sí mismo cuándo regresar a casa. Depende de nosotros formar nuestra conciencia de acuerdo con el evangelio y las enseñanzas de la iglesia. Tenemos que reconocer cuando hemos pecado y tenemos que decidir por nosotros mismos escuchar la voz del Espíritu Santo que

siempre nos llama al arrepentimiento. El Espíritu Santo siempre nos está llamando, pero a menudo decidimos ignorarlo. Ahora es el momento de reconocer el error de nuestros caminos, asumir la responsabilidad de nuestros pecados y pedirle a Dios que nos perdone.

Lo reconozcamos o no, todos somos pecadores. Nuestro hermano mayor, Jesús, nos ha traído a casa, o quiere traernos a casa. Habrá regocijo en el cielo cuando eso suceda. Que compartamos esa alegría... no solo por nosotros, sino por todos aquellos que Jesús encontró y rescató.

Today's parable of the lost son is the third of three parables about lost objects: the lost sheep, the lost coin, and today's lost son. Jesus tells these parables together, and they are connected, so we'll review them quickly. First, Jesus responds to the complaints of the scribes and Pharisees, who associate them with sinners. Their complaints imply that sinners don't matter. Jesus responds by teaching that "there will be more joy in heaven over one sinner who repents [a lost person who is found] than over ninety-nine righteous people who need no repentance."

Of these three parables, the one about the coin is the shortest and the easiest to overlook. Yet it is very important. The coin is an inanimate object. It has no idea that it is lost. There are many people who have never had an encounter with Jesus or any kind of faith, and perhaps aren't even able to distinguish between good and evil; they are the ones who are lost. They don't know they're lost because they've never experienced anything else. There's something far more tragic that goes hand in hand with not knowing we're lost. The coin not only ignores that it's lost, but it also doesn't know its value. There are many people like that coin who have no idea that God loves them or that anyone cares about them. They believe their lives are worthless. Saint Teresa of Calcutta, Mother Teresa, said that the greatest poverty in the United States and other developed countries is not material poverty, but poverty of love. Many people live like this, unaware of their intrinsic value as human beings created in the image and likeness of God. Our first task in that regard is to find them and help them understand that they do matter and that they are loved. And the best way to do that is by introducing them to Jesus.

The lost sheep knows it's lost because its friends are nowhere to be found. It doesn't know where to find them. Perhaps it's hurt and can't return to the flock. It's very easy to stray and get lost in this way. We all know people like this or

have been there ourselves. The pastor knows they are lost, but perhaps he wants us to go out and guide them back home.

The lost son is different from the other two. He knows he is lost. He knows he is valued and loved, but in his case, he deliberately separated from his father. His father desperately wants him to return, but the son must acknowledge his error and decide for himself when to return home. It is up to us to form our consciences according to the gospel and the teachings of the church. We must recognize when we have sinned and choose to listen to the voice of the Holy Spirit, who always calls us to repentance. The Holy Spirit always calls us, but we often choose to ignore Him. Now is the time to acknowledge the error of our ways, take responsibility for our sins, and ask God to forgive us.

Whether we acknowledge it or not, we are all sinners. Our older brother, Jesus, has brought us home, or wants to bring us home. There will be rejoicing in heaven when that happens. May we share in that joy... not only for ourselves, but for all those Jesus found and rescued.